



Jacobo I

Frances A. Yates

# UNA BODA REAL

## EL MATRIMONIO DE LA PRINCESA ISABEL CON EL ELECTOR PALATINO



En la antigua Europa, una boda real era un acontecimiento diplomático de primera importancia, y las festividades con que se celebraba equivalían a una declaración política. Para el matrimonio que en febrero de 1613 contrajo la princesa Isabel, hija de Jacobo I, con Federico V, Elector Palatino del Rin, todos los tesoros del renacimiento inglés fueron repartidos con profusión, y Londres enloqueció de alegría ante lo que parecía ser la continuación de la época isabelina, al unirse esta nueva y joven Isabel con el jefe de los protestantes alemanes, nieto de Guillermo el Taciturno.

En realidad, en este feliz acontecimiento se repitieron implícitamente ciertas medidas políticas de los tiempos de la vieja reina Isabel, quien había sido el apoyo de Europa contra la agresión de los Habsburgos unidos a la reacción católica; para ello, en el extranjero se alió con los rebeldes holandeses y su jefe, y con los protestantes alemanes y franceses. Había sido, en cuanto a la religión, la representación ideal de un imperialismo reformado y purificado, simbolizado en el nombre de Astrea, la virgen justa de la edad de oro, que los poetas le dieron. En cierto sentido era un poco picante el hecho de que, al contrario de la antigua virgen isabelina, la joven Isabel fuera a poner las bases de esta sagrada política por medio de su matrimonio. La corte casi se arruinó por la enorme suma gastada en trajes, joyas, diversiones y fiestas para este matrimonio, y en los espectáculos presentados en honor de esta afortunada pareja se hizo derroche también de la riqueza acumulada en genio y poesía. Shakespeare vivía todavía, y estaba en Londres, el Teatro *Globe* aún no se quemaba. Inigo Jones estaba perfeccionando el drama alegórico de corte y Francis Bacon ya había publicado su obra *El avance de la ciencia*. El renacimiento inglés se encontraba en la cumbre de su esplendor, transformándose en la prometedor a aurora intelectual del siglo XVII.

Pero ¿podría realizarse y desarrollarse pacíficamente esta promesa, o lo impediría algún desastre? Los augurios no eran nada favorables. La guerra entre España y los holandeses se había suspendido por medio de una tregua que debía expirar en 1621; las fuerzas de la reacción católica se preparaban para un nuevo ataque contra la herejía, objetivo relacionado con la grandeza de la Casa de Austria; en el bando opuesto todos estaban en actitud vigilante, y la mayoría de las personas bien informadas daban por segura una guerra en Alemania. Tras el esplendor de las bodas había pues téntricas sombras, y pocos años más tarde estos jóvenes encantadores y bastante inocentes, Federico e Isabel, se hallarían en el corazón mismo de la vorágine.

El joven príncipe alemán desembarcó en Gravesend el 16

de octubre de 1612. Como era buen mozo y gentil, dio una impresión favorable a la corte, al pueblo y a su prometida. Federico e Isabel verdaderamente se enamoraron el uno del otro, y su idilio sobreviviría a todas las futuras vicisitudes. No obstante, la felicidad del periodo de noviazgo fue estropeada por la enfermedad y muerte del hermano de la prometida, Enrique, príncipe de Gales, quien a pesar de su juventud ya había demostrado sus dotes de gobernante y se le consideraba un posible sucesor de Enrique IV de Francia (que había sido asesinado en 1610) como representante de los que se oponían a las potencias habsbúrgicas. Antes de su enfermedad, Enrique tenía pensado acompañar a su hermana a Alemania, para escoger allí esposa, y se decía que tenía grandes planes para poner fin a "las discordias religiosas". Su inesperada y prematura muerte eliminó una influencia sobre su padre que seguramente él habría empleado en favor de su hermana y su cuñado. Este fatal acontecimiento no impidió durante mucho tiempo las diversiones de la corte, aunque sí fue causa de que la boda se pospusiera.

A Isabel le encantaba el teatro y ella misma tenía su propia compañía de actores, llamada los *Hombres de Lady Elizabeth*, la cual dio representaciones para ella y su novio; luego, hacia Navidades, los *Hombres del Rey*, o sea la compañía de Shakespeare, representaron veinte obras en la corte. Se pagó un sueldo especial a John Heminges, que más tarde sería coeditor de la primera edición de las obras de Shakespeare, junto con Henry Condell, para que presentara ante lady Isabel y el príncipe Palatino varias obras, entre ellas *Mucho ruido y pocas nueces*, *Otelo*, *Julio César* y *La tempestad*. Se ha insinuado que la máscara de *La tempestad* fue agregada a la obra para que pudiera ser representada ante la pareja principesca, tal vez en la noche que se comprometieron, el 27 de diciembre de 1612. No hay pruebas documentales que apoyen esta interesante teoría, excepto el dato de que esta obra, que trata de la historia de amor de una princesa isleña y en la que aparece una máscara nupcial, es una de las creaciones de Shakespeare que, según se sabe, fueron representadas ante Federico e Isabel. Estos tenían un cierto aire de héroes shakesperianos en ese cómico momento de su vida, cómico en el sentido de que su historia parecía una comedia con final feliz.

Como consecuencia necesaria de su futura condición de yerno del rey de la Gran Bretaña, el Elector Palatino (o Palsgrave, como se le llama en los documentos ingleses) recibió la Orden de la Jarretera. El y su tío Mauricio de Nassau fueron designados miembros de la Orden el 7 de diciembre, y el 7 de febrero, o sea una semana antes de la ceremonia del matrimonio, el Palsgrave recibió solemnemente la correspondiente investidura en Windsor. El rey regaló a su futuro yerno un *Jorge* adornado con ricas joyas —se trata del medallón

que cuelga del collar distintivo de la Orden, donde está representado San Jorge con el dragón— y su prometida también le regaló otro, probablemente un *Jorge* menor o la versión más pequeña que se lucía colgada de un listón en las ocasiones que no ameritaban el uso de las insignias más ricas de la Orden. El significado especialísimo que se dio a la Orden de la Jarretera era también una tradición isabelina. Dicha Orden, sus ceremonias, sus procesiones y su carácter fueron revividos durante el reinado de Isabel, quien la usó como medio para unir a los nobles en un servicio común a la Corona. Al convertirse en Caballero de la Jarretera, el Palsgrave pasaba a formar parte de aquella milicia ideal que, bajo la bandera de la cruz roja de San Jorge tenía el deber de defender las causas representadas por la Orden: la lucha contra el dragón del mal y la defensa del Monarca.

En la noche del 11 de febrero, poco antes de la ceremonia del matrimonio, los artilleros del rey dieron un espectáculo de fuegos artificiales en el que por un instante brilló la historia de San Jorge y el dragón, y de sus novelescas aventuras en lucha contra el mal y en defensa de los oprimidos. Este espectáculo pirotécnico está descrito detalladamente en un relato impreso e ilustrado en un manuscrito conservado en el Museo Británico. Una cierta reina, prisionera de un nigromante, fue liberada por San Jorge, gran campeón del mundo. En una fiera escena figura el campeón que atraviesa a caballo el puente que une el pabellón de la reina con la torre del nigromante, sobre el cual dio muerte al dragón. Entró a la torre y capturó al nigromante. Esta historia ilustrada acaba con el incendio de la torre “que se oía crujir y se veía brillar”.

Parece que este espectáculo no resultó muy bien, a pesar de que los artilleros lo describieron con entusiasmo, y varias personas salieron heridas. Pero es evidente que su intención fue la de representar una alegoría del Elector Palatino como personificación de San Jorge, patrón de la Orden de la Jarretera que elimina los malos hechizos del mundo, porque se celebró entre la investidura del príncipe y su boda con Isabel. Si entre el público que asistió a este espectáculo hubo quien hubiese leído *La reina de las hadas* de Spenser, tal vez recordó al Caballero de la Cruz Roja, campeón de Una, que aparece en esta caballerescas alegoría en honor de la vieja Virgen Isabel. Ahora la joven desposada Isabel tenía ante sí otra alegoría de San Jorge, escrita con fuegos de artificio como una de las celebraciones en ocasión de su matrimonio con su Caballero de la Jarretera.

La ceremonia del matrimonio tuvo lugar, finalmente, en la capilla real de Whitehall, el 14 de febrero. La novia lució “una corona de oro puro, hecha imperial por las perlas y diamantes que la adornaban engastados en tan gran cantidad que parecían brillantes pináculos de su cabellera color ámbar, la cual caía en trenzas sobre los hombros hasta la cintura”. Ofició la ceremonia el Arzobispo de Canterbury, George Abbot, según el rito anglicano aunque el novio era calvinista, y durante ella “el príncipe palatino pronunció en inglés las palabras del matrimonio que le fueron indicadas por el arzobispo”. Este es un dato importante, porque aquél fue un día de triunfo para la Iglesia de Inglaterra, que por medio de este matrimonio extendía su influencia al extranjero. El arzobispo Abbot dio un carácter de misión religiosa a este matrimonio, al que atribuyó una influencia puritana y purificadora. A la ceremonia siguieron música e himnos, y el rey de armas de la Jarretera proclamó los títulos de los contrayentes. El novio abandonó la capilla precedido por seis de sus hombres que llevaban trompetas de plata, cuyo sonido



Francis Bacon

fue tan delicioso que gustó a toda la Corte y provocó exclamaciones de “¡Dios los haga felices!” por parte de miles de personas. Así pues, la real boda terminó con aquellas notas de las trompetas alemanas.

Esa noche fue representado un drama alegórico en la sala de banquetes de Whitehall, ante los recién casados y toda la Corte. El texto era de Thomas Campion y la producción de Iñigo Jones. En la primera escena de esa obra, el poder de la música de Orfeo alejaba por encanto la melancolía y la locura, y luego seguían episodios corales con Orfeo, “locuras fantásticas” y un poético frenesí. Entonces se descubría la parte alta del escenario, donde se veían nubes y estrellas simbolizando la unión de la armonía de las esferas con la armonía de la boda real:

Y ahora, luces enamoradas de la música,  
avanzad en vuestro movimiento coral,  
esta noche el voto nupcial se concluye,  
haced de ella la mejor de las noches;  
coronadla galantemente con vuestros rayos,  
para que su fama no vaya a perecer  
mientras el Rin y el Támesis  
conserven su nombre.

El Rin se une al Támesis, Alemania se une a la Gran Bretaña y las estrellas, en su movimiento, mandan una lluvia de armonías sobre este matrimonio.

Según el humor de esta Canción, las estrellas se movían de una manera extraordinariamente rara y deliciosa, y supongo que muy pocos habrán visto en su vida un artificio superior al que el Maestro Iñigo Jones demostró al imaginar su movimiento, quien en todo el arte que distingue la entera invención ha demostrado una extraordinaria industria y habilidad.

Se revelaba luego una profunda perspectiva en medio de



Shakespeare

la cual había un obelisco de plata, a cuyos lados se veían estatuas doradas de los novios. Aparecía la antigua Sibila, para pronunciar en verso una profecía en latín sobre la gran raza de reyes y emperadores que surgirá de esta unión de las fuerzas de Alemania y la Gran Bretaña, y de la unión de sus pueblos en un solo culto religioso y en el amor sencillo.

A la noche siguiente, que fue la del 15 de febrero, los miembros del Templo Interior y de la Posada de Gray representaron un drama alegórico de Francis Beaumont, el cual también se concentraba en el tema de la unión del Rin con el Támesis. En la dedicatoria del texto; dirigida a sir Francis Bacon, se le dice: "A usted, que no escatimó ni tiempo ni trabajo para la presentación, el orden y el montaje de este drama". Se trata de una obra hasta cierto punto desaprobada por el rey Jacobo, quien ordenó que su representación se pospusiera; en su escena principal aparecía una espléndida visión en la que numerosos caballeros y sacerdotes bajaban de una colina para ejecutar una solemne danza, equivalente a una formidable afirmación de los objetivos de la caballería mística. Los sacerdotes cantaban que en ocasión de las bodas de la pareja,

Cada danza equivale a una oración,  
cada canción a un sacrificio.

Si de veras fue Francis Bacon quien concibió estas celebraciones, entonces seguramente para él el matrimonio de Federico e Isabel fue un asunto sumamente serio, y sin duda aprobaba con entusiasmo la alianza que la unión de aquellos jóvenes príncipes representaba. El hecho de que el autor de *El avance de la ciencia*, obra publicada ocho años antes, en 1605, haya dejado sus demás estudios para ocuparse de los festejos de esta boda da el toque final a la extraordinaria pléyade de genio poético, artístico y científico cuyo despliegue dio un deslumbrante brillo de gloria a los últimos días que la princesa Isabel pasó en Inglaterra.

El novio todavía tenía que hacer visitas de cortesía a las universidades, donde se le recibió con eruditos poemas en latín compuestos en su honor, entre otros uno de George Herbert. Todavía resonaba en el aire el eco de las enhorabuenas en verso salidas de las prensas, inclusive algunas de John Donne, y en muchas de ellas el júbilo por el matrimonio de Isabel se mezclaba con el luto por la muerte de su hermano.

"Toda la gente leal ha visto con gran placer y gusto esta unión", se dice en una carta de la época, "que se considera un firme cimiento y base para la religión". Es decir, el matrimonio y las celebraciones relativas fueron considerados una declaración de política religiosa, y un firme indicio de que la Gran Bretaña apoyaría al Elector Palatino para que asumiera la jefatura política contraria a las potencias católicas y reaccionarias, que en ese momento estaban reuniendo de nuevo sus fuerzas ante la inminencia del fin de la tregua. A la ceremonia y espectáculos festivos asistieron embajadores de los estados holandeses, y también estuvieron presentes el embajador de Francia y el de Venecia; este último expresó gran admiración por el efecto logrado por Iñigo Jones. La ausencia de los embajadores de las potencias habsbúrgicas fue notoria, tanto que alguien escribió que "el (embajador) español estaba o pretendió estar enfermo, mientras que el embajador del Archiduque se disculpó hoscamente cuando fue invitado a las celebraciones del segundo día". La opinión general era que este matrimonio, según la tradición europea, equivalía a una declaración política, que Inglaterra seguía siendo el principal apoyo de las potencias protestantes de Europa como en los viejos tiempos de Isabel I, y que se intentaba convertir al Elector Palatino, con el fuerte sostén de su suegro, en uno de los pilares de esta política.

En ese momento, nadie se dio cuenta enteramente de que aquella alianza no respondía a una idea personal del rey Jacobo, el cual no se consideraba el continuador de la política de quien había sido verdugo de su propia madre; en realidad, como fue evidente más tarde, el monarca pensaba equilibrar el matrimonio de su hija con un príncipe protestante alemán por medio de la unión de su hijo Carlos con una princesa católica española, para así hacer un esfuerzo supremo de evitar la guerra con las potencias dominadas por la Casa de Austria, conflicto que le inspiraba un gran temor. Este aspecto de la política de Jacobo I no fue comprendido ni por el Elector Palatino ni por sus consejeros, quienes iban a emprender poco después una precipitada política antihabsbúrgica profundamente errónea.

Isabel, su esposo y sus respectivos séquitos partieron de Inglaterra el 25 de abril de 1613, embarcándose en Margate rumbo a La Haya; allí fueron recibidos con enorme cordialidad por Mauricio de Nassau, tío materno del Palsgrave e hijo de Guillermo el Taciturno.

La llegada de una princesa británica —cuyo nombre además era Isabel— a suelo holandés seguramente revivió el recuerdo de los esquemas históricos, políticos y religiosos tan profundamente arraigados en el siglo anterior, cuando Guillermo el Taciturno había deseado ardientemente formar una estrecha alianza con Inglaterra contra la agresión española, y darle por base un matrimonio. Había designado a un príncipe francés, Francisco de Anjou, gobernador de Flandes y Brabante, con la esperanza de que la reina Isabel se casara con él, cosa que habría puesto al alcance de su política la celebración de una alianza anglo-francesa. Pero este plan fracasó, el gobierno del Anjou se derrumbó ignominiosamente y los españoles regresaron a Amberes. Esto sucedió en 1584, y en 1586 el conde Roberto de Leicester, quien pareció

prometer la ayuda de Inglaterra, fue aclamado como libertador durante un viaje que hizo por las Provincias Unidas; en Utrecht, en ocasión de la visita del conde, se celebró en su honor un gran Festival de la Jarretera, el cual popularizó este símbolo como emblema de liberación.

Ahora llegaba de Inglaterra una princesa, esposa de un caballero de la Jarretera emparentado con la Casa de Orange-Nassau, que era el monarca hereditario del Palatinado, el principal elector laico del Imperio y el jefe de la unión de los príncipes protestantes alemanes. Para Holanda ésta parecía ser la alianza ideal, ya que la próxima expiración de la tregua concertada inspiraba grandes temores. Por ello no se escatimaron gastos en las ciudades holandesas para recibir con magnificencia a la princesa Isabel y al Elector Palatino, en cuyo honor se sirvieron costosos banquetes y se representaron muchas obras teatrales, y a los cuales se dieron ricos regalos. Luego, el Elector dejó a su esposa en La Haya, para ir a sus estados a preparar la recepción de que ella sería objeto.

La princesa emprendió el viaje poco más tarde, río arriba por el Rin en una lujosa barca; este viaje fue la primera expresión del matrimonio del Támesis con el Rin cantado en las alegorías representadas a raíz de la ceremonia nupcial. Y es muy posible que el mismo Iñigo Jones, que fue uno de los principales autores de las admirables escenas presentadas, haya formado parte del séquito que con la princesa navegó río arriba por el Rin. Sabemos a ciencia cierta que el conde de Arundee versado en obras de arte, coleccionista y mecenas de Iñigo Jones, acompañó a la princesa en el viaje hacia su nuevo país, y que el mismo Jones hizo su segundo viaje a Italia formando parte del séquito del conde de Arundel. De estos datos puede llegarse a la conclusión —si bien no hay documentos que lo comprueben— de que tanto Iñigo como su mecenas quizá formaron parte del séquito que acompañó a la princesa en su viaje de Londres a Heidelberg, desde donde tal vez continuaron hasta Italia. La formación de una corte medio inglesa en Heidelberg hizo necesarios muchos viajes de diversas personas entre Londres y el Palatinado, lo cual implicó la apertura de una nueva ruta de comunicación entre Inglaterra y la tierra firme europea.

La primera ciudad palatina a la que entró la princesa Isabel fue Oppenheim, muy cercana a la frontera, donde los fieles habitantes habían erigido diversas construcciones decorativas en su honor, ilustradas en el relato contemporáneo que se imprimió para describir su viaje desde Londres hasta Heidelberg. Uno de los arcos de triunfo de Heidelberg estaba decorado con numerosas rosas pintadas, con lo cual se intentaba aludir, según se dijo, al hecho de que Isabel era descendiente de las Casas de York y Lancaster. El escudo real de la Gran Bretaña, rodeado por la representación de la Jarretera, figuraba junto al escudo palatino, mientras una guardia de honor vestida de gala hacía valla a lo largo de las calles de Oppenheim y los habitantes de la ciudad con entusiasmo frenético daban la bienvenida a la novia real que llegaba de Inglaterra.

El grabado que representa el arco adornado de rosas de Oppenheim lleva la firma "De Bry", al igual que algunos otros grabados que figuran en el relato impreso del viaje. Se trata de la firma del conocido grabador Juan Teodoro de Bry, quien poco antes había cambiado la sede de su empresa de grabados e imprenta de Frankfurt a Oppenheim. Del taller de De Bry en Oppenheim salieron, durante todo el reinado de Federico e Isabel en el Palatinado, que duró de 1613 a 1619, numerosas publicaciones sobre temas sumamente



Moda masculina del siglo XVII

misteriosos, las cuales son notables por la excelente calidad de los grabados que las ilustran. A De Bry su yerno, Mateo Merian, le ayudaba a preparar los grabados.

Una de las obras más importantes publicadas por la imprenta De Bry de Oppenheim fueron los grandes volúmenes, profusamente ilustrados, que componen la obra *Utriusque Cosmi Historia* de Robert Fludd. La estrecha relación que esa ciudad palatina tenía por entonces con Inglaterra indudablemente hizo fácil que allí fuera publicada esta gran obra filosófica de un inglés, y más adelante discutiremos el significado de la publicación de la obra de Fludd en Oppenheim precisamente cuando Federico e Isabel reinaban en el Palatinado.

Finalmente, el 7 de junio de 1613, Isabel llegó a Heidelberg, su capital; esta escena está representada en una ilustración del relato de su viaje. En ella se ve una revista militar y a la princesa Isabel, la cual, luciendo una gorguera de encaje, un miriñaque de tela bordada en oro y tocada con un sombrero alto color escarlata, acaba de bajarse de su coche. Su esposo se apresura a abrazarla para darle la bienvenida, mientras espera el carruaje de terciopelo color carmesí que la conducirá más tarde al centro de la ciudad.

Las diversas facultades de la Universidad de Heidelberg, que era uno de los mayores centros científicos protestantes de Europa, habían erigido arcos de triunfo en honor de la recién llegada. El de la Facultad de Teología estaba decorado con effigies de los Padres, y de Lutero, Melanctón y Teodoro de Bèze (es muy curioso que entre los grandes reformadores no figurara el retrato de Calvino).

Las carrozas que transportaban a los viajeros, una vez que atravesaron la ciudad, comenzaron la subida hacia el castillo de Heidelberg, impresionante, vasto y romántico edificio situado en una alta cumbre desde la que se domina la ciudad y el río Neckar, afluente del Rin. En el patio de este castillo había otro arco triunfal, de casi veinte metros de altura, adornado de estatuas de gobernantes anteriores del Palatinado



que se habían casado con princesas inglesas. A la entrada del castillo esperaba la madre del Elector, Luisa Juliana de Nassau, hija de Guillermo el Taciturno, que siempre había deseado que su hijo contrajera un matrimonio de esta clase.

Durante algunos días después de la llegada de Isabel, el castillo de Heidelberg fue escenario de torneos y de otras festividades. Desfilaron muchos carros decorados con deidades mitológicas, y en uno de éstos apareció el Elector Palatino disfrazado de Jasón, que navegaba con los argonautas en busca del toisón de oro. Tal vez aquel tipo de festival mitológico de estilo franco-borgoñón podría haber parecido muy anticuado a aquellos que, en la corte de Jacobo I, acababan de ver las producciones de Iñigo Jones, y quizás el mismo Jones estuvo allí para hacer las comparaciones pertinentes, pero aun así el tema de Jasón presentado por un carro alegórico no desentonaba con los temas de las producciones de Londres. El Elector, presentándose como Jasón, aludía a la Orden del Toisón de Oro, cuya insignia pende en la ilustración de un palo de la nave. Federico, en su calidad de Elector imperial, era por propio derecho miembro de esta orden del imperio, y en el mástil del barco ondea la insignia de la Jarretera, la famosa orden inglesa a la que Federico pertenecía por ser esposo de la hija del Rey de la Gran Bretaña. En los fuegos artificiales de Londres se le había representado como el San Jorge de la Orden de la Jarretera; aquí era el Jasón de la Orden del Toisón de Oro. Se creía que le quedaba bien el papel de paladino de alguna aventura mística.

Finalmente, las cosas llegaron a su fin. Los comisarios ingleses, una vez cumplido su deber, salieron de regreso a su país. Partieron los condes de Arundel, y lord y lady Harrington también regresaron a Inglaterra. Se rompió así el último contacto oficial de Isabel con su país de nacimiento, y a partir de ese momento quedó convertida en la Electora del Palatinado Renano que residió en el esplendor de Heidelberg hasta el año del destino fatal de 1619.

Seguramente en todo el territorio del Sacro Imperio Ro-

mano nadie ignoraba que el principal Elector imperial se había casado con la hija del rey de la Gran Bretaña, pues la noticia viajó sin duda alguna por los espesos bosques y las ciudades, causando satisfacción en ciertos círculos por la gran alianza concertada, que reforzaba la causa de los protestantes alemanes. Posiblemente en otros círculos la noticia causó menos satisfacción, especialmente en Graz, donde los Habsburgos austriacos tenían en ese tiempo su corte.

En los años siguientes a la llegada de Isabel, el castillo de Heidelberg se convertiría en un centro desde el que emanarían influencias extrañas e interesantes. El príncipe Enrique, hermano de la nueva Electora, se había interesado grandemente en el arte renacentista de diseñar jardines, en ciertas fuentes mecánicas que cantaban un tema musical, en estatuas que hablaban y en otros aparatos por el estilo; este interés había sido estimulado por el descubrimiento de antiguos textos de Herón de Alejandría y su escuela, en los que se describían tales maravillas. El príncipe Enrique tuvo a su servicio en calidad de agrimensor a Salomón de Caus, protestante francés que fue un brillantísimo creador de jardines e ingeniero hidráulico. De Caus era amigo íntimo de Iñigo Jones, quien también se hallaba al servicio del príncipe Enrique, y ambos, influidos por las obras de Vitruvio que el Renacimiento había vuelto a poner en boga, conocían perfectamente las disciplinas en que el verdadero arquitecto debe ser versado, tales como las artes y ciencias basadas en los números y en la proporción, la música, la perspectiva, la pintura, la mecánica y otras por el estilo. En su época, Vitruvio afirmó que la arquitectura es la reina de las ciencias matemáticas, y con ella agrupó otras artes y ciencias. Así, Iñigo Jones se dedicaba a la arquitectura, y a la producción teatral como algo estrechamente ligado a la misma arquitectura y a sus disciplinas subordinadas, o sean la perspectiva y la mecánica, mientras Salomón de Caus cultivaba el arte de proyectar jardines. En el Renacimiento este arte se relacionaba estrechamente con la arquitectura, pues, al igual que la reina de las ciencias matemáticas, dependía de la proporción, de la perspectiva y de la geometría, y también podía emplear los últimos refinamientos mecánicos para crear fuentes decorativas que cantaban y otros ornamentos.

Al morir el príncipe Enrique, Salomón de Caus entró al servicio del Elector Palatino y se estableció en Heidelberg como arquitecto e ingeniero encargado de las notables obras emprendidas para embellecer el castillo y el parque; de estos trabajos dan una idea los grabados que ilustran la obra de De Caus *Hortus Palatinus*, publicada en Frankfurt en 1620 por Juan Teodoro de Bry. De Caus, empleando dinamita, cortó un pedazo de la montaña para crear una explanada en la que hizo un jardín cuyo diseño geométrico es sumamente complejo. Este hermosísimo jardín, que se eleva sobre la ciudad y el valle del Neckar, fue calificado de octava maravilla del mundo, y también el antiguo castillo fue modernizado agregándosele nuevas secciones y abriéndosele numerosas ventanas para iluminar su interior, imitando, según se dijo, las casas y palacios de Inglaterra. El vasto edificio representado en el grabado ciertamente parece el modelo ideal de palacio teutónico.

En los jardines De Caus construyó muchas grutas artificiales donde la música de las fuentes mecánicas daba vida a las escenas mitológicas que las adornaban, tales como el Parnaso y las musas o Midas en una cueva. Era impresionante la estatua de Memnón, especie de Hércules-Memnón con una maza, la cual, como en la historia clásica, emitía sonidos al recibir los rayos del sol. La magia científica con que se producía

este efecto es revelada por el mismo grabado: se trata de una derivación de la neumática de Herón de Alejandría.

Para Salomón de Caus, que fue una autoridad en el órgano, la música era la principal entre las ciencias basadas en los números. Según se dice, De Caus construyó un órgano de agua en Heidelberg (como el que en la antigüedad describió Vitruvio), el cual, junto con los sonidos de las estatuas, fuentes y grutas, debe haber hecho de los jardines de Heidelberg un lugar tan "lleno de ruidos" como la isla de Próspero en *La tempestad* de Shakespeare.

Si realmente Iñigo Jones llegó a Heidelberg con el séquito del conde de Arundel, que acompañaba a la princesa Isabel, entonces con seguridad una vez allí se interesó en las actividades que su antiguo compañero de trabajo, Salomón de Caus, realizaba en su nueva residencia. Es más, la fuente o gruta escénica sonora y el grupo de fuentes del jardín, cuyas aguas producían una suave cadencia, no eran más que una aplicación ligeramente distinta de las técnicas y ciencias de Vitruvio ya anteriormente empleadas por Iñigo Jones para producir sus dramas alegóricos. Si comparamos las fuentes de Heidelberg que representan una a Apolo y las musas y la otra a Midas, con los escenarios diseñados por Iñigo para sus dramas, resulta evidente que todas crean la misma atmósfera teatral. Así pues, el Elector Palatino rodeó a su mujer en Heidelberg con un mundo de sueños que era la continuación del que ella había conocido en Londres.

A pesar de que la producción de dramas alegóricos o la construcción de grutas musicales, fuentes que cantan o estatuas parlantes mediante sistemas neumáticos quizá no nos parezcan aplicaciones importantes de la ciencia a la tecnología, en verdad fue haciendo estas cosas como la ciencia del Renacimiento, todavía envuelta en una atmósfera mágica, comenzó a emplear en gran escala los avances técnicos. El caso de De Caus es un ejemplo importante del desarrollo de la ciencia dentro de esta tradición, pues, según se dice, inventó, adelantándose al siglo XIX, un modo de aprovechar la fuerza del vapor. En su obra *Les raisons des forces mouvantes*, que en 1615 dedicó a la princesa Palatina y que contiene ilustraciones de obras realizadas en Heidelberg, De Caus cita a Vitruvio a propósito de ciertas máquinas, ilustra la máquina del constructor descrita por este autor antiguo, y aplica algunos principios matemáticos a la mecánica. Esta base en la ciencia más avanzada, sobre la cual el arquitecto-ingeniero empleado por Federico realizó las mejoras de Heidelberg, demuestra que la nueva cultura del Palatinado iba a la vanguardia de su tiempo y estaba desarrollándose de una manera muy natural entre el Renacimiento que terminaba y el siglo XVII que se iniciaba.

Según la imagen usada por los poetas en los dramas alegóricos, podemos imaginar que la Heidelberg de aquella época surgió del matrimonio del Támesis con el Rin. Los movimientos culturales y del pensamiento seguían una dirección que los llevaba de Inglaterra al Palatinado, tras los pasos de la princesa Isabel. Iñigo Jones quizá visitó Heidelberg, a cuyos jardines Salomón de Caus introdujo los gustos del príncipe Enrique, mientras Federico e Isabel, pareja shakespeariana, seguía viviendo el drama de sus vidas ya no en Londres, sino en un nuevo escenario teatral.

Entre las influencias que por entonces pasaban de Inglaterra a aquella parte de Alemania se encontraban las de las compañías viajantes de actores ingleses. La presencia de una pareja a la que le encantaba el teatro, que conocía muy bien el ambiente teatral de Inglaterra, seguramente era un factor que alentaba a los actores ingleses a viajar hacia el Palatina-

do. Se sabe que en 1613 estuvieron en Heidelberg unos actores ingleses, los cuales se dirigieron luego a la feria de Frankfurt, que era siempre la meta predilecta de las compañías itinerantes de teatro. Seguramente la presencia de la princesa Isabel sirvió para que se difundieran muchas noticias sobre las condiciones en que se hallaba el teatro inglés, ya que ella misma había tenido en Londres su propia compañía de actores, pues sentía una verdadera pasión por el drama en todas sus formas.

Muchísimas personas viajaban en ambos sentidos entre el Palatinado e Inglaterra, pues tanto servidores como emisarios de otra clase iban con frecuencia de Londres a Heidelberg o viceversa. Por este medio es posible que de Inglaterra hayan llegado al principado alemán tanto noticias como nuevas publicaciones. El mismo Francis Bacon había demostrado su buena disposición hacia la princesa y su marido con el gran entusiasmo e interés que puso en la producción presentada por él en ocasión del matrimonio, y es muy probable que ambos jóvenes príncipes hayan leído *El avance de la ciencia*. Esta conjetura se basa en el hecho de que sabemos que Isabel, años más tarde, se interesó mucho en las obras de Bacon, que leía con gran deleite ya que era una mujer de ágil inteligencia, aunque quizá no muy profunda; por su parte, el Elector era un intelectual y un místico que se interesaba mucho en la arquitectura y en la música. Transmitió sus gustos por la filosofía a algunos de sus hijos, pues su hija mayor, la también llamada princesa Isabel, fue objeto del gran honor de que Descartes le dedicara su *Principia*.

Observando el fascinante grabado de Mateo Merian que representa los jardines de Heidelberg surge la reflexión de que en ese lugar, apoyado en aquella ladera en el corazón de Alemania, existía un puesto avanzado de la Inglaterra post-isabelina, un baluarte de la más adelantada cultura del siglo XVII. Pero este prometedor retoño, fertilizado por el matrimonio del Támesis con el Rin, no tendría futuro. El año de 1620, cuando fue publicado el mencionado grabado, fue en el que Federico e Isabel reinaron brevemente en Praga en calidad de reyes de Bohemia, y que terminó con los acontecimientos que darían origen a la Guerra de los Treinta Años. Este conflicto devastaría el Palatinado y destruiría el esplendor post-isabelino de Heidelberg, porque la región se encontraba en la primera línea de batalla. Los devastadores efectos del impacto de la reacción resultan especialmente evidentes en el destino que estaba reservado a la ciudad de Heidelberg.

La feroz campaña de propaganda lanzada contra Federico del Palatinado después de su derrota recurrió a todas las armas con las que podía ponerlo en ridículo o burlarse de él. Circularon innumerables ejemplares de estampas satíricas, que eran hojas sueltas con una ilustración cuyo significado se explicaba en unas coplas burlescas. En una de ellas se representa un mensajero que cabalga por los campos tocando su corno, buscando burlescamente al fugitivo rey de Bohemia. La mayor parte de esas caricaturas grabadas son mucho más ofensivas que ésta, comparativamente bastante inocente, y algunas de ellas hacen insinuaciones siniestras. En una aparecen Federico, su mujer y el hijo de ambos en un jardín de diseño sumamente elaborado; se les representa como depravados y su jardín conduce al infierno y a sus llamas. He aquí a los representantes de una exquisita cultura renacentista convertidos en brujos por la propaganda hostil. En esta amarga parodia es difícil reconocer a Federico e Isabel, quienes en sus días felices habían contemplado la magia de *La tempestad* de Shakespeare.